

Antonio Aparicio

Federico García Lorca y su época (1)



UEREMOS adelantar, antes de nada, una explicación justificadora del título de esta conferencia. No pueden faltar, no faltarán sin duda, quienes crean que los días de Lorca son los mismos que vivimos hoy, ya que entre su último año de vida y la fecha presente, no son muchos los que median. Profundo error, sin embargo. La vida de Federico García Lorca corresponde a ese período, remotísimo ya, y que, sin embargo, hemos vivido todos nosotros, al que conviene esa designación de pre-guerra. No en vano diez o veinte millones de hombres han desaparecido violentamente. Eso ha cambiado la faz del mundo. El que vivimos hoy, es distinto del que Lorca vivió, de igual manera que un hombre de antes de la Revolución Francesa habría de aparecer como perteneciente al pasado para alguien nacido en aquella gloriosa hecatombe. Desde cierto punto de vista, la última guerra ha transformado al mundo con más intensidad que la antigua guerra de los treinta años. Si un minuto de terror puede encanecer al condenado a morir en la silla eléctrica, cinco años de guerra como la pasada, bien pueden encanecer a una humanidad. Vivimos días tenebrosos, todos prontos a refugiarnos en

(1) Texto —incompleto— de la conferencia ofrecida en la Universidad de Concepción en su Salón de Honor el 28 de noviembre.

el túnel; Lorca vivió en cambio un tiempo alegre. Pero más que todas mis palabras os servirá un ejemplo. Para los hombres que se hundieron en las trincheras de 1914-1918, los días anteriores de la guerra revivían en su memoria con el dulce compás del vals austríaco. Después del frenesí de aquellos cuatro años de contienda, el vals era un anacronismo imposible.

Lorca vivió una estación idílica, cuando todavía el hombre podía detenerse, sin temor, a descifrar el nombre de la brisa más mínima. Para un español, de hoy, este fenómeno de ver lejano un tiempo que no lo es en años, es doblemente real. Si otros puntos del globo han cambiado de la noche a la mañana, de la noche de nuestros sueños a la mañana de la realidad heridora, ninguno acaso tan intenso y hondamente como esa casi isla, horno de innumerables civilizaciones, bodega antiquísima donde se estilizaron los más finos caldos del pensamiento antiguo, y que llamamos España. Como nadie ignora, esa llamarada que incendió a Europa y que hoy sigue batiendo contra la piedra milenaria de la Muralla china, comenzó a arder en el país de los iberos. García Lorca, apenas alcanzó a sentir heridas las pupilas por el primer fogonazo, que había de cegarlo para siempre. Aquel disparo, que lo tendió en un espantado amanecer de Granada, agosto de 1936, lo entregó por entero a la época que finalizaba con aquella fecha.

Todo eso me ha hecho, al pensar en Lorca, verlo como algo muy lejano, misterio brillantísimo que sigue presente ante nuestros ojos por la inalterable vigencia de su luz, pero que, sin embargo, no nos pertenece ya, circulando, incrustado definitivamente, en el cielo incommovible de lo pretérito. Es Lorca de una especialísima clase de poeta de tan pétrea coraza que siempre ha de resultar invicto de los estragos de la muerte y del tiempo. El vienteillo femenino de la moda puede arrastrar la menuda arena dormida; pero la roca que sueña desde siglos bajo el sol será insensible a tal empuje. Por desconcertante y dolorosa paradoja, la muerte que le dieron nos lo ha puesto más vivo a

nuestro lado y el Lorca que hasta 1936 habló inevitablemente en español, hoy habla, traducido, en inglés, francés, en ruso y en checo, a millones de hombres que vislumbran, a través de su palabra, algo del fuego interno del corazón antiguo de España, millones de hombres que diariamente transmiten ese culto a otros, otros y otros.

* * *

Hay una etapa de la vida española, esa que va desde los días en que empiezan a quedar en olvido los crestones por el desastre de 1898, hasta los primeros claveles del verano de 1936, pródiga en venturas y promesas alentadoras. El luto producido por la pérdida de América, un luto que yo compararía con el que invade al hombre que ve morir, tras largos años de malos tratos, a la mujer que amó con toda el alma, ese luto nacional había dado paso ya a una saludable reacción. Es historia conocida; la casa vacía y pobre, desmantelada en gran parte, fué revisada por la mirada analítica, encendida de máximos rigores, de la generación del 98. Pero tras éstos—Unamuno y Maeztu, Baroja y Azorín—llegan los que, posteriores al desastre, no pueden llorar amputaciones ultramarinas porque la España que tienen es la misma que vieron al nacer: la áspera península. Son éstos los que forman, con Federico García Lorca a la cabeza, la generación literaria de 1931, gente emprendedora y lírica que, en su conjunto, trae para España un renacimiento poético, comparable, con todo respeto, a aquel del siglo XVII. Esta época—verbenera—despierta a todas las esperanzas, tiene en Lorca su más revelador exponente.

Los historiadores futuros no negarán que fué aquella una época alegre. Lo fué sin duda. Época que ve morir, exhausta, a una monarquía secular, época en que la ciencia española, de subterránea o nula existencia durante el último siglo, nace o renace añadiendo una sílaba de altísimo renombre a la ciencia moderna

européa. Los nombres de Cajal, Simarro, Torres Quevedo y De Buen, en el campo de las ciencias físicas y naturales; de Recasens, Sanmartín, Novoa Santos, Achúcarro, Madinaveita, Covisa, Márquez, en diversas zonas de la medicina hablan bien alto sin necesidad de ponderación. En otros aspectos más cercanos al tema que nos ocupa, es justo añadir que es en esta época cuando la pintura española vuelve a ser universal, con ese arrebatado malagueño, Pablo Ruiz Picasso, conquistador del mundo; en que la música española se hace universal, acaso por vez primera, en los nombres de Manuel de Falla y Pablo Casals.

Si descendemos de este plano trascendente a los caminitos diarios de la vida española, encontraremos a Madrid embriagado por su círculo estival de verbenas populares.

La primera verbenas
que Dios envía,
es la de San Antonio
de la Florida.

Y tras ella la de Atocha y la de Chamberí, la de la Virgen de la Paloma y la de la Moncloa; a Valencia ardiendo en el delirio llameante de sus Fallas; a Pamplona corriendo los toros de la semana de San Fermín. Y finalmente veremos a Federico, paseando en coche y atravesando como un dios de la vida, el esplendor pagano de la feria de Sevilla. España relumbraba como un rubí bajo el flechazo de una estrella.

Todo esto, habéis de saber que pertenece al pasado. Es la época de Lorca. Si algo subsiste es sólo un eco de gracia marehita y desconsoladora. Pero busquemos en este mapa coloreado de fiesta, un punto desde donde nos llega aroma de mirtos, de madreselvas, de dalias, de siemprevivas: Granada.

El viajero que recorre los caminos andaluces se sentirá siempre asaltado por una duda tenaz: ¿cuál es la capital de este reino, cuál es el centro más vivo y representativo de este mundo

peculiarísimo que se llama Andalucía?... ¿Córdoba, capital un día del califato, foco universal de la sabiduría romana y árabe, bella en su ayer pletórico y helada hoy entre un bosque de mármol hecho delgadas columnas? ¿Sevilla, la ciudad universal del siglo XVI, puente de plata hacia el Nuevo Mundo, verdadera ciudad madre de América y dueña de una de las tres huellas arquitectónicas dejadas a su paso por los árabes? ¿Jerez, para quien Federico reclamaba la capitalidad indiscutible de la gitanería meridional? ¿O Granada? Federico la retrató más de una vez con el amarillo melancólico de los días ochocentistas:

Granada, calle de Elvira,
donde viven las manolas,
las que se van a la Alhambra,
las tres y las cuatro solas.

De antiguo, Granada guarda para el andaluz un hechizo particular que la distingue de sus siete hermanas. En ninguna como en ella el laurel heroico se pegó más amorosamente a los muros. Sombras de Boadil el Chico, de Abú Adakkad Mohamed, arrastrándose con lágrimas de elegía por la tierra quemada de las Alpujarras. Sombra estremecida de Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra, en cuyos versos los jardines, salones, torres y fiestas del palacio granadino tuvieron nueva vida. Clamores afilados del rey moro que perdió Alhama, poniendo al cielo por testigo de sus desdichas:

Pascábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarrambla.
—¡Ay de mi Alhama!
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada;

las cartas echó al fuego,
y al mensajero matara.

—¡Ay de mi Alhama!
Descabalga de una mula
y en un caballo cabalga;
por el Zacatín arriba,
subido se había al Alhambra.

—¡Ay de mi Alhama!
Como en el Alhambra estuvo,
al mismo punto mandaba,
que se toquen sus trompetas,
sus añafles de plata.

—¡Ay de mi Alhama!
Y que las cajas de guerra
aprieta toquen al arma,
porque lo oigan sus moros,
los de la Vega y Granada.

—¡Ay de mi Alhama!
Los moros que el son oyeron,
que al sangriento Marte llama,
uno a uno y dos a dos
juntado se ha gran batalla.

—¡Ay de mi Alhama!
Allí habló un moro viejo,
de esta manera hablara:
—«¿Para que nos llamas, rey,
para que es esta llamada?»

—¡Ay de mi Alhama!
«Habéis de saber, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama».

—¡Ay de mi Alhama!
Así habló un Alfaquí,

de barba crecida y cana:
—¡Bien se te emplea, buen Rey!
¡Buen Rey, bien se te empleara!
—¡Ay de mi Alhama!
«Mataste los Abencerrajes,
que eran la flor de Granada,
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada».
—¡Ay de mi Alhama!
Por eso mereces, Rey,
una pena muy doblada;
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada».
—¡Ay de mi Alhama!

Sobre el fondo poemático-histórico granadino, la Alhambra levanta para el andaluz de hoy un mundo de evocación que lo transporta a fondo último de su sangre al contemplar el palacio amurallado, los torreones desiertos, los salones desalentados como anchos suspiros que recuerdan la majestad pasada. Y el jazmín manteniendo su dinastía invicta, y el arrayán morisco extendiendo por las murallas su trepador quebranto. Por aquí, moros y cristianos un día tejieron la fábula y la guirnalda de Granada, aquí brilló la lanza de don Juan de Austria en su empresa menos noble, aquí, antes, la reina Isabel, comandante mayor, enfrentaba, en los días precursores del viaje colombino, un horizonte salpicado de moras desafiantes y moritos encastillados. Suma poética. Y besando este suelo, en la hora de abandonarlo para siempre, los poetas moros que en el destierro africano, cual prematuros refugiados políticos, habían de seguir cantando la gracia de su ciudad perdida.

El andaluz, que concentra en sí todo el poder de nostalgia terrena del español (como el castellano exclusiviza el de la nostalgia ultraterrena) tienen por fuerza, que encontrar en Granada

el jardín de sus sueños. Todo lo que en él queda de sangre mora, que es mucho y bueno, esa queja amarga y estremecedora que a veces emerge en el cante jondo de indudable raíz oriental, reverdece a cada atardecer y a cada madrugada, y en ambos crepúsculos el andaluz siente una secreta tentación de encerrarse en la Alhambra y maldecir la hora en que un error político había de conducir a la expulsión de los moros, y abriría la puerta a la invasión de los Borbones franceses y a la de los no menos antipañoles Hamsburgos.

Si dentro de la historia de España, Granada hace brillar tan perennemente sus nacaradas torres antiguas, no relucen menos en el marco recóndito y profundo de la poesía peninsular. Bajo esta luz malva de Granada, deshecha a veces en desvaídos violetas, en pensativos amarillos, en duros verdes nocturnos, ha nacido y crecido una escuela poética que si tuvo en Antequera su centro de dispersión, lo que podríamos llamar hoy su foco editorial, es de Granada de donde recibe el misterioso aliento que la hará eterna.

Capítulo es éste de la poesía granadina de una extraordinaria belleza y de una tentadora virginidad, no manchada aún por las manos del erudito. Pero quede esto para otra hora. Es aquí donde Federico nace y crece. Después irá al mundo y el mundo se llamará indistintamente Madrid, La Habana o Nueva York. Pero en uno o en otro sitio, la presencia viva de Federico no será más que la proyección de ese hálito profundo y antiguo de Granada, la ciudad dormida en su ayer, hálito concentrado después de un letargo de quinientos años en la figura de un hombre que, para más completar el romance dramático que lo enlaza al historial trágico de la ciudad, había de morir pronto dejando la rúbrica de su sangre sobre los muros granadinos.

No todas las ciudades españolas resistirían este intento de buscar en ellas una genealogía poética, una limpieza de sangre lírica. Pero los títulos de Granada son altos y muchos, no ya por lo que sus poetas le han dado, sino por lo que esos millonee

de partículas líricas, que constituyen un pueblo esencialmente dotado para la poesía, significan.

La aparición de Federico García Lorca en la vida literaria española—días de 1920 ó 21—fué algo así como clavar el viejo banderín de la poesía morisca granadina en un Madrid infeccionado de «ismos» de diversas raíz patológica. ¿Quién no recuerda aquellos desafíos entre moros y cristianos, cuando un valeroso de alguno de los bandos, aparecía solo y resplandeciente de audacia ante el campo enemigo llamando a reto al más resuelto de los adversarios? La aparición de Federico en Madrid tiene tales perfiles de gallardía. Son los días en que sagaces ensayistas empiezan a encontrar complacientes auditores de sus tesis sobre una poesía que debe buscarse por los cerebrales cauces de la psicología moderna. Conviene imaginar la gran risotada fresca, casi vegetal, de Federico ante este panorama literario que más que pradera celestial, presentaba contornos de esquinado plano estadístico. Mientras otros buscaban atropellada y torpemente a la poesía, como desorientados cazadores más lentos que la gacela que huye ante ellos, Federico sabía de antemano donde ella lo esperaba, y con el paso seguro del sonámbulo guiado por las estrellas más perennes, se orientó desde el primer momento, con una inconmensurable sabiduría, hacia el bosque de la verdad y el sentimiento primitivos.

Verdad y sentimiento: he ahí un posible resumen de la poesía y la vida de este andaluz ejemplar. No es España plaza fácil al engaño del habilísimo prestidigitador. En España las cosas son o no son; país de categóricas rotundidades, luz y sombra, estrellas místicas o sol implacable, César o nada. Y cuando alguien quiere hacer farsa del arte, que en España ha de ser si quiere ser, realista, (baste recordar la Celestina, el Quijote, el Buscón, Velázquez) o farsa de la vida, o de ambas cosas, recordemos a Dalí, tiene que escapar rápidamente en defensa propia para epatar, lejos, a boquiabiertos franceses o explotar aquella ingenuidad neoyorquina que fué fácil campo de operaciones para las

pilllerías de O. Henry. En este ruedo de muerte cotidiana las alquimias de una poesía de extracción intelectual, estaban condenadas de antemano a un círculo mínimo de adeptos. Esto es lo que comprendió Federico desde la primera hora, y desnudo de toda contaminación europea, denso, como el mercurio del Río-tinto, en su *españolidad* de raíz granadina, salta desde el primer momento en la vida española como la fiel reencarnación de un poeta popular. Federico mantiene siempre su mano dentro de la corriente del río de la savia popular, eso que hoy llamamos folklore y que desde cientos de años hemos llamado en España romancero y cancioneros primitivos. Si cualquier notario puede certificar que Federico García Lorca nació el año 1898 en la aldea granadina que lleva el divertido nombre de Asquerosa, y no en el pueblo de Fuentevaqueros citado en todas sus biografías, es bien poco lo que esto nos dice sobre el nacimiento del autor de «Bodas de Sangre»: Federico nace de los romancesos fronterizos, nace de Gil Vicente y de Lope de Rueda, nace en el Cancionero anónimo y en los romances moriscos, nace en Alfonso Alvarez de Villasandino y en Diego Sánchez de Badajoz, nace en el Comendador Escrivá y en los villancicos de Lucas Fernández.

Si los delfines
mueren de amores
¡Triste de mí!
que harán los hombres

que tienen tiernos
los corazones
¡Triste de mí!
qué harán los hombres?

¿Lorca? No. Son las aguas plateadas y anónimas del cancionero popular, cuya espuma florida se confunde con las voces de

todos esos poetas de honda y purísima raigambre popular, y de los cuales el último, hasta hoy, en la historia de la poesía española, es Federico García Lorca.

.....

Pocos poetas como él enfrentaron con más honrada entrega los problemas que el arte crea al artista moderno. El quiso ser leal consigo mismo y con los que lo seguían y teniendo presente que lo español solamente puede ser universal en razón directa de una españolidad profunda y verdadera, hizo un teatro español y una poesía española inconfundibles. Y lo que en el siglo pasado era falsa españolada, indigesto pastel literario en un Theophile Gautier, en un Próspero Mérimée, y en nuestros días un Hemingway, intolerables calumniadores, inocentes aquéllos, mercantilmente intencionado éste, es en Federico verdad desnuda y plena, sentimiento y verdad de España, color y sangre del martirizado clavel peninsular. Sus toreros, no son figuras de guardarropía literaria; Ignacio Sánchez Mejía, ¡el gran Ignacio! tiene que morir de un cornalón en la plaza manchega de Manzanares para que Federico lo deje recostarse sobre sus estrofas ...

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.

Sus caballistas, sus bailaoras, su llorosa petenera, Lola y Amparo, paquiro y Antonio Torres, no son frutos de su imaginación, sino trasunto realista de la vida española que él vivió y convivió. En cuanto a Preciosa, la de «Preciosa y el Aire», nadie ignora su origen cervantino.

Toda la primera parte de su obra, «Canciones», «Poema del Cante Jondo», «Romancero Gitano», aquella que llega hasta la iniciación de su vida teatral, etapa eminentemente lírica, tiene raíces centenarias, milenarias podríamos decir. Cuando el hechizo de la escena lo atrae, Federico, acaso previendo el agotamiento de la reserva de sus recuerdos prenatales de España,

esa misteriosa acumulación que mágicamente aflora en un poeta, se lanza por el polvoriento laberinto de los caminos españoles, convertido en director, autor, actor de «La Barraca». No es necesario subrayar, que con esto no hacía sino repetir la andanza de aquel Lope de Rueda de gloriosa y sabrosa memoria, porque en Federico todo es anterior a él mismo. En los días radiantes en que España deja definitivamente de ser regida por los reales panteones del Escorial, y la República abre a la ansiedad colectiva de cultura un camino franco y luminoso, un hombre modesto y sabio, llamado a romper la tradicional dinastía de ministros de instrucción pública con sobrados títulos nobiliarios, pero huérfanos de títulos docentes, me refiero a don Fernando de los Ríos, hace realidad un viejo sueño de Federico de llevar a las plazas de viejos y anchos soportales castellanos la gracia y la profundidad del viejo teatro clásico español, destronado de los escenarios madrileños. «La del alba sería», alba de libertades españolas prematuramente sacrificadas, cuando Federico parte en esta empresa de renovar, en el labriego segoviano y en el bracero cordobés, las soterradas imágenes de Calderón, de Lope y de Cervantes. Vale la pena recordarlo.

El conjunto se llamaba «La Barraca» y estaba integrado por no más de veinte muchachos capitaneados por Federico. Durante algunos años Federico cumplió así un doble anhelo de llevar el buen teatro antiguo a las mismas fuentes de donde nació, y al propio tiempo, de beber en esas fuentes, entre los más perfilados juncos, las esencias para el teatro que él intentaba. Es así como van naciendo «La Zapatera Prodigiosa» y «Bodas de Sangre», «Yerma» y «Bernarda Alba».

MARÍA

Señor, que florezca la rosa,
No me la dejéis en sombra.

MUJER SEGUNDA

Sobre tu carne marchita
florezca la rosa amarilla.

MARÍA

Y en el vientre de tus siervas
la llama oscura de la tierra

CORO DE MUJERES

Señor, que florezca la rosa,
no me la dejéis en sombra.

YERMA

El cielo tiene jardines
con rosales de alegría,
entre rosa y rosal
la rosa de maravilla.
Rayo de aurora parece,
y un arcángel la vigila,
las alas como tormentas,
los ojos como agonías.
Alrededor de sus hojas
arroyos de leche tibia
juegan y mojan la cara
de las estrellas tranquilas.
Señor, abre tu rosal
sobre mi carne marchita.

MUJER SEGUNDA

Señor, calma con tu mano
las ascuas de su mejilla.

YERMA

Escucha a la penitente
de tu santa romería.
Abre tu rosa en mi carne
aunque tenga mil espinas.

CORO

Señor, que florezca la rosa,
no me la dejéis en sombra.

YERMA

Sobre mi carne marchita
la rosa de maravilla.

¿No escuchamos en esta oración de los penitentes de «Yerma» el clamor oscuro de las tradicionales plañideras de quien sabe que calcinado pueblo de la Andalucía mora?

Tales son los hombres y las mujeres de este teatro. Por ninguna obra teatral de Lorca cruzan los domesticados hombres de la ciudad; allí relumbran labriegos y aldeanos, lugareñas y gañanes, señores de tierra y labranza, sencillas rosas humanas de la geografía rural española, gente toda de sentimientos íntegros y de instintos vivos en su más pura e ingenua animalidad. Por eso, cuando ante nuestros ojos, irritados por el teatro comercial que el procaz empresario nos ofrece, se abre la cortina

tras la cual han de aparecer los personajes de Federico, nos sentimos en contacto íntimo y directo con la más auténtica capa de la vida del pueblo español, como si el duro mapa de la península, enternecido por nuestro cariño, se abriera para dar paso a la voz misma de su corazón.

* * *

Cuando hace unos momentos dije que en Federico todo era anterior a él, no daba rienda suelta a una frase caprichosa. También en su obra de autor dramático él sigue los pasos de quienes en el Siglo de Oro establecieron normas perpetuas de como hacer un teatro de verdadera vena española. Por eso, *Yerma* y la novia de «*Bodas de Sangre*», Mariana Pineda y la zapaterita prodigiosa, hablan el mismo lenguaje de las mujeres de Lope de Vega. En estas andanzas de «*La Barraca*», Federico se pone en contacto con pastores y segadores, serranos y serranas, zagales de receloso mirar y los hombres que andan con senquista parsimonia entre los toros bravos de la campiña andaluza. Paisaje sonoro éste como pocos, donde múltiples y desiguales voces elevan su son y melodía que viene desde el más oscuro rincón de la bodega peninsular, y es de imaginar la sorpresa y arrobo de Federico, hombre de una especialísima capacidad de recepción, ante este tesoro del cancionero antiguo español que le abría su flor olvidada en los cortijos y vaquerías distantes de las grandes ciudades. Hombre de inagotable capacidad, suma entonces, a su labor de poeta lírico y dramaturgo, otra no menos valiosa de folklorista; aunque no estoy demasiado seguro de que esta palabra compendie los títulos que le corresponden. Tomando las letras y melodías antiguas, dispersas y ya en riesgo de extinción, Federico realiza una reavivadora labor. Y de esos campos yermos de Castilla, o de los otros, andaluces, de largas riberas melancólicas de verdes olivos, o de los otros, gallegos, siempre con el suspiro de la lluvia sobre el panteón de Santiago

Apóstol, llega con los bolsillos llenos de apuntes de canciones que él ha de salvar con el milagro de sus transcripciones modernas.

.....

Poeta popular. Entre las cosas que la vida actual ha hecho difíciles, una es esa, la de la popularidad de los poetas. En medio de un mundo social como el presente donde el dinero se erige como suprema jerarquía, y los puños del boxeador están rodeados de un anillo de adoración multitudinaria que no roza, ni levemente, la pupila infatigable del biólogo solitario, en un mundo de tan profunda subestimación de los valores espirituales, el milagro de la popularidad de este poeta no deja de ser motivo de extrañeza y sorpresa. En el siglo XVII esto no sería raro, porque el español se arrodillaba para besar, con unción agradecida, el manto de Lope de Vega, pero hoy, desposeídos de aquella hondura emocional ante las cosas que traen la belleza, lo lógico es que el poeta pase por la vida olvidado, ignorado, y menospreciado las más de las veces.

Pero nada de esto rezaba con Federico García Lorca. El pasó triunfando por la vida, y entre otros milagros realizó el de la conquista de la adoración general. Acaso el secreto estaba en un sentimiento de profunda gratitud hacia el hombre que tan pródigamente derramaba la sal y gracia de la vida en torno suyo. Era Federico de esos seres de extraordinaria simpatía, cada una de cuyas palabras parecen quedar en nuestro bolsillo como una estrella viva, que contemplamos, con sorprendida veneración, al regreso de la noche de la fiesta. Era de ver a Federico abrazado a la guitarra, sentado al piano, alzado en el momento de recitar sus versos o los ajenos, sobre todo aquel largo y bellissimo romance de Alvargonzález del venerable don Antonio Machado, hoy dormido en el cementerio francés de Collioure. Pocos como él gozaban de ese extraordinario don para sembrar la felicidad a su paso; diríase besado por los ángeles,

tal era su deslumbradora y contagiosa sonrisa, la gracia que imprimía a sus inagotables palabras.

No resisto la tentación de traer aquí unas palabras de Vicente Aleixandre, cuya obra, desconocida todavía por muchos, tiene abiertos, sin embargo, tantos pórticos de gloria en la literatura española: «En Federico, que pasaba mágicamente por la vida al parecer sin apoyarse; que iba y venía ante la vista de sus amigos con algo de genio alado que dispensa gracias, hace feliz un momento con su presencia y escapa en seguida como la luz que él se llevaba efectivamente; en Federico se veía sobre todo al poderoso encantador, disipador de tristezas, hechicero de la alegría, conjurador del gozo de la vida, dueño de las sombras a las que él desterraba con su presencia. Pero yo busco—sigue diciendo Alexandre—evocar a solas otro Federico, una imagen suya que no todos han visto: al noble Federico de la tristeza, al hombre de soledad y pasión, que en el vértigo de su vida de triunfo difícilmente podría adivinarse. He hablado antes de esa nocturna testa suya, macerada por la luna, ya casi amarilla de piedra, petrificada como un dolor antiguo. ¿Qué te duele, hijo? parecía preguntarle la luna. Me duele la tierra, la tierra y los hombres, la carne y el alma humana, la mía y la de los demás que son uno conmigo».

«En las altas horas de la noche, discurriendo por la ciudad, o en una tabernita (como él decía), casa de comida, con algún amigo suyo, entre sombras humanas, Federico volvía de la alegría como de un remoto país a esta dura realidad de la tierra visible y del dolor visible».

En una de estas tabernitas, le conocí, siéndole presentado por el propio Vicente Aleixandre. Era la «Casa de Pascual», uno de los más gratos y modestos rincones del Madrid que se escondía hace diez o doce años, tras los rascacielos de la Gran Vía. Dédalo de callejuelas, escenario propio para comedias de capa y espada, donde la cojera de don Francisco de Quevedo está vigente, y departen en la esquina el rufián y la moza de par-

tido cuya humanidad nos ha mostrado don Miguel de Cervantes. ¡Calle madrileña de la Luna! Larga y retorcida como aquella otra del Pez, como la del Codo, como la de Sacramento, en la que viví días de imborrable esperanza.

En la de la Luna, entre palacios cuyos blasones habían nacido en los campos incendiados de Flandes o en los disputados valles de los virreinos americanos, quedaban, manteniendo con altanera humildad su miseria, algunas casuchas de gris fachada y hondos y oscuros corredores. Así era la prestigiosa taberna de Pascual. Federico gustaba de sus rincones, como León Felipe de aquellos otros de la «Casa de Carmencita», en otro ángulo del Madrid popular. La de Pascual exhibía, en su vitrina, las cabezas de cerdos y corderos que ascendían líricamente al cielo con la boca florecida de perejil y la rubicunda mejilla cuidadosamente afeitada. Fué el sitio elegido por Federico para el homenaje de los poetas al triunfo de uno de ellos: Luis Cernuda y su libro «La Realidad y el Deseo». Estaban alrededor de la mesa Cernuda y Federico, Pedro Salinas y Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre y José Bergamín, los escenógrafos Ontañón y Fontanals, algunos de los más jóvenes escritores como Serrano Plaja, Salas Viú y Miguel Hernández, el eminente musicólogo Adolfo Salazar, y tres chilenos que por aquellos días recibían el homenaje de la hospitalidad española: el escritor Luis Enrique Délano, el inquietante compositor Acario Cotapos y el maravilloso autor de «Residencia en la Tierra», Pablo Neruda. Fué en aquella ocasión cuando conocí a Federico. La presentación, hecha por Vicente Aleixandre, abrió el torrente de palabras mágicas que era Federico hablando. Instantáneamente recordó unos tercetos juveniles que yo le dedicara, desde Sevilla, en «Noreste», antes de conocerlo y su diluvial efusión le hizo proclamarme allí mismo «el mejor amigo de su vida». La reunión, como correspondía a la naturaleza de los allí congregados, se prolongó hasta que la aurora invadió dulcemente la estancia. Federico cantó, contó y fué el centro de todo.

Citado por él aquella noche, acudí varios días después a su casa para escuchar la lectura de «La Casa de Bernarda Alba» que entonces empezaba. Federico estaba sentado, escribiendo. Aquel encanto triunfal que sólo esperaba un interlocutor para desbordarse, surgió cuando abrí la puerta. Yo, que le conocía tan recientemente, celebraba la ocasión de conversar íntimamente con él, sin el moscardoneo de la tribu de amigos que siempre le rodeaba. Mi secreta ambición fué largamente cumplida. Hablamos de todo y de nada, de las mil cosas de la poesía, de los poetas, y, más que nada, de Sevilla, de donde yo acababa de llegar despertando una incontenible sed de noticias en él. Complaciase Federico en evocar, con ojos entornados y voz cálida, la hermosura de la Sevilla antigua, e ir pasando las hojas de un álbum imaginario, en las que aparecían las sombras de Alvarez de Villasandino, de Rioja, Medrano, Herrera, hasta llegar a la Sevilla romántica de Gustavo Adolfo Bécquer. Iba Federico todos los años a la capital andaluza, y el Alcázar, palacio de los emires y mansión más tarde de los reyes españoles, se abría para Federico hospedándolo en aquellas sus visitas a la ciudad del Guadalquivir, gracias a la amable circunstancia de ser su alcalde adepto, aunque borroso, de las musas y gran amigo de García Lorca.

Pero después logré que me hablara de sí mismo y de su labor. Una frase textual puedo traer aquí: «Sólo me interesan para el teatro los temas sexuales y sociales». En seguida, tomando los papeles que escribía cuando yo llegué, leyó el primer acto de «La Casa de Bernarda Alba», la última obra que salió de sus manos, para añadir a la lectura la explicación del resto de la obra. Cuando nos despedíamos, todavía en el pasillo que conducía a la puerta del departamento, recordó y repitió sonriendo una de sus canciones dedicadas a Sevilla, poniendo en cada sílaba un corazón de pasión como él solo sabía hacerlo:

Sevilla es una torre
llena de arqueros finos.

Sevilla para herir,
Córdoba para morir.

Una ciudad que acecha
largos ritmos
y los enrosca
como laberintos.
Como tallos de parra
encendidos.

¡Sevilla para herir!

.....

Han pasado los años. La popularidad de la obra que Federico pudo hacer en sus escasos veinte años de autor, ha sobrepasado los límites de las fronteras de la lengua. «Bodas de Sangre» se representa en París con iguales galas que «El Enfermo Imaginario», mientras que «Yerma» triunfa en Moscú dándole la mano a los melancólicos personajes de «La Gaviota» de Chejov. Esa parte de gloria que el ser humano puede conquistar sobre la tierra, mínima brizna de un mundo de sueños que osamos imaginar, Federico la obtuvo cumplidamente y va aparejada para siempre a su recuerdo. Orla siempre verde enlazada a aquella otra—morada de luto—de su martirio. Fueron necesarios muchos siglos para infiltrar en la figura de un hombre la esencia y la gracia creadora de un pueblo. Federico llevaba eso en sí en excelsa medida, y lo que él nos dió en el breve período de su existencia no fué sino una pequeña parte de lo que estaba llamado a entregarnos. Su última obra «La Casa de Bernarda Alba» es la primera piedra de un teatro de estricta vicisitud realista, de má-

xima severidad y sencillez. «Ni una gota de poesía. Realismo. Puro realismo», exclamaba Federico cuando la leyera a un grupo de amigos.

Su mesa de trabajo estaba llena de notas y de proyectos que los días futuros iban a realizar. Es fácil suponer lo que su muerte significa para la literatura española, para su poesía y su teatro, si imaginamos a Lope de Vega fusilado a los treinta y ocho años. De él nos ha quedado sólo una pequeña parte de sí mismo, fragmento luminoso de un ser extraordinario de los que sólo cruzan, muy de tarde en tarde, el firmamento de nuestra vida cotidiana. Muerto él, la escena española volvió a quedar en la penosa penumbra en que hoy se debate, destartalado desván donde sólo brilla el ojo codicioso del incansable roedor.

Baste con lo dicho. Quede para otros de más empeñosa erudición y frío juicio el detallado estudio, aún no completado, de todo lo que la obra de Lorca significa como poderoso regreso a las fuentes clásicas y populares, no ya en España, ni siquiera en el mundo de habla castellana, sino en el universo general de las letras. Yo sólo he intentado hacer brillar un momento ante vuestros ojos una imagen luminosa y fugaz, cometa de milagrosa luz que un día cruzó ante nosotros dejándonos el eco de su corazón maravilloso.